

CÉSAR. Sí, intereses públicos y privados.

LACAYO. Por eso me encargan que se haga todo sin dilacion.

CÉSAR. (Dándole golpecitos en el hombro.) Te lo agradezco; veo que eres un servidor leal.

LACAYO. Con la idea de que no se retrarde el asunto, mi amo me pone á vuestra disposicion para que os ayude.

CÉSAR. Tu amo es muy oportuno; voy á cumplir lo que desea. (Que me ahorquen si sé lo que he de decirle.) Ante todo acércate, amigo mio, y bébete este vaso de vino.

LACAYO. Qué decís, señor?

CÉSAR. Bebe, hombre, bebe.

El lacayo bebe y á sus instancias se sienta á su lado.

Es vino de Oropesa! Bebe más y hablemos un rato. (Me parece que ya le chispean los ojos.) El hombre, amigo mio, no es más que el humo que sale de las pasiones.

Le llena otra vez el vaso y le vuelve á hacer beber.

Pero el humo que pasa por una chimenea sube hasta los cielos, y el hombre pesa como plomo.

Vuelve á llenar los dos vasos.

Bebamos, que prefiero el canto de un hombre ébrio que pase por la calle á todos los doblones que me has traído. Pero ya sabes que debemos ser prudentes; el carro que está demasiado cargado rompe el eje; la pared que no tiene cimientos se desploma... arréglame un poco el cuello de la capa.

LACAYO. (Con altivez.) Señor, no soy ayuda de cámara.

Toca la campanilla que hay sobre la mesa.

CÉSAR. (Asustado.) (Qué diablos hace! Vá á venir el dueño de la casa y vá á echarme á la calle.)

Sale uno de los negros. D. CÉSAR le vuelve la cara.

LACAYO. (Al negro.) Arregladle al señor el cuello de la capa.

El negro se acerca á D. CÉSAR, que, admirado, se deja servir; el negro saluda y se vá.

CÉSAR. (Parece que esté en un palacio encantado.) (Se levanta de la mesa y se pasea por el proscenio.) (Pero qué le voy á hacer? ¡Hay que tomar las cosas como vienen! Felizmente tengo los bolsillos llenos de oro y de plata. Quizá, quizá consiga pagar mis deudas.) Oh!

LACAYO. (Bebiendo.) Qué me mandais?

CÉSAR. Nada, estoy reflexionando; tú sigue bebiendo. (El LACAYO apura vaso tras vaso; D. CÉSAR continúa pensativo, hasta que al fin se dá un golpe en la frente y dice como si le ocurriera una idea repentina.) Levántate al instante y llénate los bolsillos de dinero. (El LACAYO, embriagado, obedece á D. CÉSAR,

que le ayuda en esta operacion.) Vete al callejon que hay en el extremo de la plaza Mayor y entra en una casa estrecha, número 9, que seria una hermosa habitacion si la ventana de la derecha no tuviera papeles en lugar de cristales.

LACAYO. Es una casa tuerta.

CÉSAR. No, bizca; como es fácil desnucarse subiendo la escalera, es preciso que subas con cuidado.

LACAYO. ¿Entonces habrá que subir una escala?

CÉSAR. Casi, casi. En el último piso vive una hermosa, que reconocerás fácilmente cuando la veas con papalina de seis sueldos y con el pelo despeinado; es rubia, pero es preciosa. Trátala con respeto, porque es mi amante. Es la hermosa Lucinda, que en otros tiempos bailaba el fandango en las casas principales: vas allí y le entregas de mi parte cien ducados. Al lado, en un camaranchon, encontrarás á un pobre diablo, que tiene la nariz encarnada como una remolacha, y le darás de mi parte seis ducados.

LACAYO. Y despues?

CÉSAR. Despues te quedas con los restantes. Por último...

LACAYO. ¿Qué más me mandais, señor?

CÉSAR. Irás á la taberna y allí rompes vasos y botellas, pero no vuelvas á tu casa hasta mañana despues de anocheecer.

LACAYO. Así lo haré, príncipe.

Se vá hácia la puerta bamboleándose.

CÉSAR. Está borracho como una cuba.

(Se va el LACAYO; en cuanto D. CÉSAR se queda solo, se sienta, apoyando el codo sobre la mesa, y se queda reflexionando.)

Debemos hacer uso prudente y cristiano del dinero, cuando lo tenemos... Sin embargo, no me atrevo á creer que lo tengo, porque á mí me lo han entregado por equivocacion ó por error.

Se abre la puerta del foro y sale una DUEÑA con cabello cano, basquiña, mantilla negra y abanico.

ESCENA VI.

D. CÉSAR y la DUEÑA.

DUEÑA. D. César de Bazán?

CÉSAR. (Otra vez! Ahora es una hembra.)

La DUEÑA avanza hasta él.

(O el diablo ó D. Salustio intervienen en lo que me sucede, y creo que el instante menos pensado se me vá á aparecer mi primo.) Yo soy D. César. ¿Qué deseais?

DUEÑA. (Haciendo una cortesía y la señal de la cruz.) Señor, os saludo hoy, que es dia de ayuno, en nombre del Hijo de Dios.

CÉSAR. (A secreto galanteo, principio devoto.) Amén y buenos dias.

DUEÑA. Dios os conserve la alegría. (Con misterio.) ¿Habeis dado una cita secreta á la persona que me envia?

CÉSAR. Soy capaz de ello.

DUEÑA. (Saca del guardainfante un billete cerrado, que enseña á D. CÉSAR, pero sin dárselo.) ¿Sois vos el que acaba de remitir este escrito á la persona que os ama, dándole una cita para esta noche?

CÉSAR. Debo ser yo.

DUEÑA. Bien. La dama, que sin duda está casada con un viejo celoso, necesita tomar exquisitas precauciones, y me encargó que me procurase toda la seguridad posible. No la conozco, pero vos la conoceis, y la camarera me ha hablado mucho de ello.

CÉSAR. Me parece bien.

DUEÑA. Es claro; la dama recibe una cita de parte del dueño de su corazon, pero como recela caer en algun lazo, y como nunca sobran las precauciones, me envia á que confirmeis de palabra lo que la dijisteis por escrito.

CÉSAR. (¡Qué terrible habladora es esta maldita vieja!) Cuando os digo que soy yo...

DUEÑA. (Deja el billete cerrado sobre la mesa y D. CÉSAR lo mira con curiosidad.) Pues si sois vos, tendreis la bondad de escribir en el reverso de la carta estas palabras: *Podeis venir*, pero no de vuestra letra, para evitar compromisos.

CÉSAR. (¡No se llevará el diablo á esta bruja!) Cumplís bien vuestros encargos.

Tiende la mano para coger la carta, que está cerrada, y la DUEÑA no se la deja tocar.

DUEÑA. No debeis abrirla; ya debeis conocerlo por la señal.

CÉSAR. Vaya que lo conozco! (Reviento de curiosidad, pero tengo que representar el papel.) Hace sonar la campanilla y sale uno de los negros.) Ven acá; sabes escribir? (El negro hace una señal afirmativa.) (¡Responde por señas!) Acaso eres mudo? (El negro hace otra señal afirmativa. D. CÉSAR queda admirado.) (¡Pues señor, esto es gracioso!) (Señala al mudo la carta y le dice:) Escribe ahí: "Podeis venir". (D. CÉSAR hace una seña á la vieja de que recoja la carta y otra al mudo para que se vaya; éste se vá.) (¡Es muy obediente!)

DUEÑA. (Guardando la carta.) Esta noche la vereis. Es hermosa?

CÉSAR. Hermosísima.

DUEÑA. La camarera á lo menos sí que lo es; me llamó aparte á la mitad

del sermon, pero el ama siempre suele ser más hermosa que la criada, como la sultana lo es más que la esclava, de lo que deduzco que la señora que os ama debe ser bellísima.

CÉSAR. Ya lo creo!

DUEÑA. (Haciendo una cortesía.) Caballero, bésoos la mano.

CÉSAR. (Dando dinero á la DUEÑA.) Y yo os unto la vuestra; tomad.

DUEÑA. (Metiéndose el dinero en el bolsillo.) ¡Son muy divertidos los jóvenes del dia!

CÉSAR. Id con Dios.

DUEÑA. (Haciéndole muchas cortesías.) Me llamo la señora Oliva; cuando necesiteis utilizar mis servicios, buscadme en el convento de San Isidro. Esta noche la vereis. Felicidades.

CÉSAR. Gracias á Dios que se ha ido esa bruja. Por fin voy á tomar la resolucion de no admirarme de nada de lo que me suceda.

Abrese la puerta del foro y aparece D. GURITÁN, que trae bajo del brazo dos largas espadas.

ESCENA V.

D. CÉSAR y D. GURITÁN.

GUR. (Desde el foro.) D. César de Bazán?

CÉSAR. Aquí está, señor; pasad adelante y tomad asiento como si estuviérais en vuestra casa. Me alegro muchísimo de veros. Qué se dice por Madrid? Ponedme al corriente de lo que suceda, porque yo acabo de llegar de los paises más extraños del mundo.

GUR. Sois recien llegado á Madrid? Pues yo tambien.

CÉSAR. De dónde venís?

GUR. Del Norte.

CÉSAR. Yo del Mediodía.

GUR. He venido furioso.

CÉSAR. Y yo rabiando.

GUR. He andado mil doscientas leguas.

CÉSAR. Yo dos mil: he visto mujeres amarillas, azules, verdes y negras; he visitado paises tan agradables como Argel y Túnez, en los que se ven infinitos hombres empalados y colgados á las puertas.

GUR. Se han burlado de mí!

CÉSAR. Y á mí me han vendido.

GUR. Casi me desterraron.

CÉSAR. Y á mí me ahorcaron casi.

GUR. Figuraos que me enviaron á Neuburgo de un modo rastrero, escribiendo dentro de la caja que yo llevaba estas palabras: "Detened todo el tiempo que os sea posible á ese viejo loco."

CÉSAR. Eso es chistoso!

GUR. Por eso quiero retorcer el pes-
cuello á D. César de Bazán.

CÉSAR. (Qué es lo que dice?)

GUR. Para colmar su descaro, me
acaba de enviar un lacayo presentándome
sus excusas; pero yo no solo no quise
verle, sino que le mandé encerrar en un
calabozo, y vengo en seguida á buscar
al desvergonzado D. César de Bazán.
Decidme dónde está, que me urge mu-
cho despacharle al otro mundo.

CÉSAR. Yo soy.

GUR. Dejad las chanzas á un lado.

CÉSAR. Yo soy D. César.

GUR. Insistís todavía?

CÉSAR. Repito que yo soy.

GUR. No la echéis de gracioso, por-
que me estais fastidiando.

CÉSAR. Y vos me divertís. Me parece
que tengo ante mí á un celoso y me cau-
sais verdadera lástima, porque el mal
que nos causan nuestros propios vicios es
peor que el que procede de los ajenos; y
os confieso con franqueza que mejor
quisiera ser pobre que avaro, que pref-
riera que me burlase mi mujer á ser ce-
loso: podeis estar, pues, seguro de que
espero que venga á visitarme esta noche
vuestra esposa.

GUR. Mi esposa!

CÉSAR. Sí.

GUR. Si yo no soy casado!

CÉSAR. Pues qué significa esto? Des-
de que entrásteis teneis el aire de un
marido rabioso, que me obligó á daros
un consejo, y ahora salís con la pata de
gallo de no estar casado. Pues entonces,
¿con qué derecho habeis llegado á tal
extremo de ridiculez?

GUR. ¿Sabeis que me estais exasper-
ando la bilis?

CÉSAR. No sé por qué.

GUR. ¿Sabeis que me irritan vuestras
palabras y que me teneis que dar una
satisfaccion al instante?

CÉSAR. Lo creéis así?

GUR. No sois D. César, pero como me
habeis insultado, empezaré por batirme
con vos.

CÉSAR. Pues cuidado con que no
acabeis en vez de principiar.

GUR. No seais fanfarron y vamos á
batirnos.

Presentándole una espada.

CÉSAR. (Tomándola.) Tanto me gustan
los desafíos, que nunca desperdicio nin-
guno.

GUR. Me alegro. Dónde nos batimos?

CÉSAR. En la calle desierta que hay
detrás de las paredes de esta casa.

GUR. (Probando la punta de la espada en el suelo.)
Espérate, D. César, que luego iré á bus-
carte.

CÉSAR. (Tambien la prueba en el suelo, doblándola.)
Morirá uno de los dos.

GUR. Salgamos.

Se van y se oye el ruido de sus pasos que se vá alejando.
Luego se abre una puerta oculta en la pared á la derecha y sale
D. SALUSTIO, vestido de color verde casi negro. Parece preo-
cupado y mira á todas partes con inquietud.

ESCENA VI.

D. SALUSTIO solo.

No ha hecho ningun preparativo. (Vien-
do los restos de la comida.) Qué significa esto?
(Oye el ruido de los pasos de D. CÉSAR y D. GURITÁN.) ¿De
qué provendrá ese ruido? (Pausa.) Esta ma-
ñana Gudiel vió salir de aquí al paje,
le siguió y le vió entrar en casa de don
Guritán. No veo en ninguna habitacion
á Ruy Blas, ni al paje... Vive Dios!... Si
me habrá preparado alguna contrami-
na... puede que encargara á D. Guritán
que avisase á la reina... Nada puedo sa-
ber por los criados, porque desgraciada-
mente son mudos; debe ser lo que yo
presumo... ¡No haber previsto que don
Guritán...!

Sale D. CÉSAR con la espada desnuda en la mano y la deja en
un sillón.

ESCENA VII.

D. SALUSTIO y D. CÉSAR.

CÉSAR. ¡Estaba muy seguro de que
se me apareceria el demonio de mi
primo!

SAL. (Se vuelve, ve á D. CÉSAR y se queda asombrado.)
D. César!

CÉSAR. (Cruzándose de brazos y riéndose.) ¿Está-
bais sin duda tramando alguna horrible
intriga, que mi aparicion inesperada va
á evitar?

SAL. (Mi plan ha fracasado!)

CÉSAR. Toda la mañana me ocupo
en destruir uno á uno vuestros proyec-
tos, en desenredar uno á uno los hilos
de la trama, y esto no deja de ser diver-
tido.

SAL. (¿Qué habrá hecho este demo-
nio?)

CÉSAR. (Riendo.) ¿Y el hombre que tra-
jo el dinero para quien sabeis y para lo
que sabeis?

SAL. Y qué?

CÉSAR. Que lo he emborrachado.

SAL. Pero el dinero que traía...?

CÉSAR. Se lo he regalado á diferen-
tes personas. Cada uno tiene sus ami-
gos...

SAL. Sin razon sospechas de mí...

CÉSAR. Lo primero que hice fué lle-
narme los bolsillos. (Riendo.) En cuanto á
la dama...

SAL. Qué.

CÉSAR. (Viendo la ansiedad de D. SALUSTIO.) La
dama que ya conoçais me envié una
horrible dueña, de barba floreciente y de
nariz encarnada... para cerciorarse de si
era verdad que D. César la esperaba esta
noche.

SAL. (Cielos!) Qué le contestaste?

CÉSAR. Le he respondido que viniera,
que yo la esperaba.

SAL. (Entonces quizás no se ha per-
dido todo.)

CÉSAR. Y el fátuo espadachin que se
llama Guritán, que esta mañana se negó
á recibir el paje que le enviaba D. César
con cierto mensaje, y que vino á pedirme
una satisfaccion...

SAL. Qué le ha sucedido?

CÉSAR. Que le he tendido en el suelo.

SAL. Qué dices!

CÉSAR. Que está espirando detrás de
las paredes de esa casa.

SAL. ¿Tienes seguridad de que haya
muerto?

CÉSAR. Lo creo así.

SAL. (Respiremos. No ha desbaratado
mi plan. La pérdida del dinero poco me
importa. Es preciso ahuyentarlo de aquí.)
Es singular la historia que me has refe-
rido. No has visto á nadie más?

CÉSAR. No, pero veré, porque voy á
seguir esta aventura, porque me he pro-
puesto que mi nombre haga mucho rui-
do y mover un escándalo en Madrid. Es-
tate tranquilo.

SAL. (Maldito!) Quédate el dinero,
pero sal de esta casa.

CÉSAR. Sí, para que me hagas per-
seguir; ya sé las tretas de que te vales, y
no tengo ganas de volver á contemplar
las olas azules del Mediterráneo.

SAL. Créeme.

CÉSAR. No te creo; además, conozco
que en esta casa, ó en esta cárcel, se
está maquinando una traicion contra al-
guno: las intrigas de la corte constitu-
yen una doble escala, en la que por una
parte sube el paciente atado, abatido y
silencioso, y por la otra parte sube el ver-
dugo, y en este caso, necesariamente tú
debes ser el último.

SAL. No lo creas, César.

CÉSAR. Pues bien, yo doy un punta-
pié á la escala y la echo en el suelo.

SAL. Te juro...

CÉSAR. En fin, quiero quedarme para
desconcertarlo todo: sé que tienes bas-
tante poder y bastante astucia para ma-
tar de un tiro dos ó tres pájaros, pero
aunque sea yo uno de los que caigan, no
me muevo de aquí.

SAL. Pero escucha...

CÉSAR. Nada escucho, que me has
vendido á los piratas africanos, que has
inventado un nuevo D. César y has com-
prometido mi nombre.

SAL. Eso ha sido una casualidad.

CÉSAR. No me fio de tus casualida-
des. No te ha de valer semejante discul-
pa: desconcertaré tus maquinaciones,
salvaré á los que quieres perder y me
subiré á los tejados á pregonar mi nom-
bre á voz en grito.

Va á la ventana y mira á la calle.

Precisamente pasan alguaciles por de-
bajo de la ventana. ¡Eh! ¡Eh! Subid, se-
ñores.

SAL. (Si saben quién es, desbarata mi
plan.)

Entran los alguaciles precedidos por un alcalde. D. SALUSTIO
se queda perplejo, mientras D. CÉSAR se dirige al alcalde con
aire de triunfo.

ESCENA VIII.

Dichos, un ALCALDE y alguaciles.

CÉSAR. (AL ALCALDE.) Señor alcalde, vais
á consignar en un proceso verbal...

SAL. (Interrumpiéndole.) Que está aquí el
famoso ladron Matalobos.

CÉSAR. (Estupefacto.) Cómo!

SAL. (Triunfo ganándome veinticu-
atro horas.) Apoderaos, señor alcalde, de
ese ladron, que se atreve á introducirse
en las casas en la mitad del dia.

Los alguaciles se apoderan de D. CÉSAR.

CÉSAR. (Furioso.) Mentís villanamente!
ALCALDE. ¿Quién nos ha llamado,
pues?

SAL. Yo.

CÉSAR. Esto ya es demasiado!

ALC. Silencio: dejad que se defienda.

CÉSAR. Señor alcalde, soy D. César
de Bazán.

SAL. Dice que es D. César, pero exa-
minad la capa y vereis que tiene escrito
en el cuello mi nombre, el nombre de SA-
LUSTIO, pues acaba de robármela.

Los alguaciles le quitan la capa á D. CÉSAR y el ALCALDE la
examina.

ALC. En efecto, tiene escrito ese
nombre.

SAL. Examinad su ropilla.

CÉSAR. (Maldito seas!)

SAL. Se la robó al conde de Alba, y tiene bordado su blason entre los adornos de la manga.

CÉSAR. (Este hombre es un demonio!)

ALC. (Examinando el escudo.) Es verdad.

D. CÉSAR hace esfuerzos por desasirse de los que le sujetan y le caen algunas monedas de los bolsillos.

SAL. Ved si llevan de ese modo el dinero los hombres honrados.

ALC. (Meneando la cabeza.) No, no...

CÉSAR. (No me podré escapar.)

Los alguaciles registran los bolsillos de D. CÉSAR y se apoderan del dinero.

UN ALGUACIL. Señor alcalde, tomad estos papeles.

CÉSAR. (Billetes amorosos que salvo de todas mis calamidades.)

ALC. Cartas? Y de diferentes letras? Qué será esto?

SAL. (Haciéndole observar los sobrescritos.) Ved que todos van dirigidos al conde de Alba.

ALC. Efectivamente.

CÉSAR. Pero...

ALGUACIL. (Que viene de la calle.) Señor alcalde, junto á las paredes de esta casa hay un hombre asesinado.

ALC. Y el asesino?

SAL. (Señalando á D. CÉSAR.) Aquí lo tenéis.

CÉSAR. (Maldito desaffo!)

SAL. Entró aquí llevando en la mano la espada desnuda, y ahí está.

ALC. (Tomando la espada y examinándola.) ¡Está manchada de sangre! (A los alguaciles.) Llevad á este hombre á la cárcel.

SAL. (A D. CÉSAR.) Adios, Matalobos.

CÉSAR. (A D. SALUSTIO.) ¡Eres un miserable!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

El tigre y el leon

La cámara del acto anterior. Es de noche y hay una lámpara sobre una mesa. Al levantarse el telon está solo RUY BLAS. Lleva una vestidura larga que le oculta la librea de lacayo.

ESCENA PRIMERA.

RUY BLAS solo.

Todo ha terminado! Se desvaneció el

sueño y se disparon las visiones. Hasta el anochecer he ido vagando á la ventura por esas calles. Ahora espero y estoy ya más sosegado. Nada veo hasta aquí que pueda alarmarme: los muebles están en su sitio, las llaves en los armarios, los mudos arriba durmiendo; la casa está tranquila. Mi paje habrá desempeñado bien su comision; tratándose de la reina me puedo fiar de D. Guritán; por lo tanto debe estar avisada y debo haber concertado los planes de D. Salustio. ¿No es verdad, Dios mio, que está ya salvada y puedo ya morir? (Saca del pecho una pequeña redoma y la deja en la mesa.) Muere ahora, cobarde, y cae en el abismo; muere como debe morir el que expia un crimen; muere en esta casa, miserable y solo. Muere vestido con tu librea de lacayo, que te sirva de mortaja. Si ese hombre infernal viene á contemplar su víctima muerta, no quiero que entre por esa puerta horrible. (Atranca la puerta secreta con un mueble.) Mi paje debe haber encontrado á D. Guritán en casa; para que le encontrase le envié á las ocho de la mañana. (Fijando la vista en la redoma.) Yo me he dictado á mí mismo la sentencia de muerte y nadie podrá impedirme que muera. Mi caída es irremediable. (Cae en un sillón.) ¡Ella me ama, sin embargo! ¡Que Dios me dé el valor que necesito! (Solloza.) ¡Debiera habernos dejado á los dos vivir en paz! La cabeza se me abrasa! Los hombres son perversos, y yo he encontrado uno bastante malvado para que me vendiera ese veneno. ¡Ella me amaba y no he de volver á verla! Será posible, Dios mio?

Alarga la mano para coger la redoma, y en el mismo momento se abre la puerta del foro y aparece la REINA vestida de blanco, con manto de color oscuro y con la capucha echada á la espalda. Saca una linterna sorda, la deja en el suelo y corre hácia RUY BLAS.

ESCENA II.

RUY BLAS y la REINA.

REINA. D. César!

RUY. Dios mio! ¡Por fin ha caido en el lazo!

REINA. ¿Por qué os sobresaltais, don César?

RUY. Quién os hizo venir aquí?

REINA. Vos mismo.

RUY. Yo!

REINA. Recibí una carta de parte vuestra.

RUY. De mi parte!

REINA. Escrita por vuestra mano,

RUY. Hay para volverse loco! ¡Señora, yo no os he escrito!

REINA. (Saca del pecho un billete y se lo presenta á RUY BLAS.) Leed.

RUY. (Leyendo.) "Inminente peligro me amenaza, y solo mi reina puede conjurar la tempestad..."

REINA. (Prosigue leyendo.) "Viniendo esta noche á mi casa, sino soy perdido..."

RUY. (Con voz desfallecida.) ¡Esto es una horrible traicion! ¡Yo no he escrito ese billete!

REINA. (Continúa leyendo.) "Entrareis por la puerta que dá á la avenida, de noche y tarde, para que nadie os conozca. Una persona de toda mi confianza os abrirá..."

RUY. ¡No recordaba ya ese fatal billete! Salid de aquí pronto, señora.

REINA. ¿Por qué me tratais así, don César?

RUY. No quiero que os perdais.

REINA. Qué es lo que decís!

RUY. No puedo explicároslo, pero huid, huid pronto.

REINA. Por precaucion y por seguridad he enviado esta mañana una dueña.

RUY. Cada instante que tardais en salir de aquí temo más por vuestra vida.

REINA. El cariño que os profeso me impone el sacrificio; os amenaza un peligro y quereis alejarme para que no participe de él; pues bien, no me voy.

RUY. Quedaros en este sitio y en semejante hora...

REINA. La carta es vuestra, por lo tanto...

RUY. Dios mio!

REINA. No trateis de alejarme de aquí.

RUY. Bien podeis comprender que yo...

REINA. Todo lo adivino: en los primeros momentos me escribisteis, pero luego...

RUY. No os he escrito; huid, señora, que os han hecho caer en un lazo diabólico. Os amo, ya lo sabeis; para salvaros me dejaria arrancar el corazon; os amo, pero partid.

REINA. D. César!...

RUY. Partid... ¿Os han abierto la puerta?

REINA. Sí.

RUY. Sin duda Satanás...

REINA. Un hombre enmascarado.

RUY. Enmascarado!

En este instante aparece un embozado en el foro y dice:

EMBOZADO. Yo. (Se desemboza y se vé que es D. SALUSTIO, al que reconocen aterrados la REINA y RUY BLAS.)

TOMO III.

ESCENA III.

Dichos y D. SALUSTIO.

RUY. Huid, señora.

SAL. Es tarde para huir. La señora de Neuburgo ya no es reina de España.

REINA. (Aterrada.) D. Salustio!

SAL. Desde hoy en adelante sereis la compañera de este hombre. (Señalando á RUY BLAS.)

REINA. ¡Verdaderamente se me tendia un lazo horrible!

RUY. (Con desesperacion.) ¡Lo comprendéis!...

SAL. Estais en mi poder, señora; pero voy á hablar con calma á vuestra majestad, porque estoy muy tranquilo. Escuchadme y no nos alborotemos. Os acabo de encontrar sola con D. César, en su cámara y á las doce de la noche. Este hecho, tratándose de una reina, si se publicase, bastaria para anular en Roma vuestro matrimonio, porque llegaria en seguida á los oidos del Santo Padre; pero todo puede arreglarse sin escándalo, y con vuestro consentimiento todo puede quedar secreto. (Saca del bolsillo un pergamino, lo desarrolla y lo presenta á la REINA.) Poned la firma en esta carta, dirigida al rey nuestro señor: me encargaré de que se la remitan al escribano mayor, y en seguida, un coche, en el que he hecho colocar grandes sumas, y que os espera á la puerta, se os llevará á los dos. Contando con mi auxilio, sin que nadie os moleste podeis ir por Toledo y por Alcántara hasta Portugal, hácia donde querais; el punto me es indiferente, y á todo cerraré los ojos. Obedeced: os juro que hasta ahora solo yo conozco esta aventura; pero si os negais á firmar la carta, mañana lo sabrá todo Madrid. Os dije y os repito que estais en mi poder. Ahí tenéis recado de escribir, señora. (Señalando la mesa.)

La REINA, aterrada, cae en un sillón.

Solo reclamo vuestro consentimiento para enviárselo al rey.

Aparte á RUY BLAS, que permanece aterrado.

Estoy trabajando, amigo mio, para hacerme feliz. (A la REINA.) Firmad.

REINA. (Temblando.) Qué haré?

SAL. ¿Qué os importa perder una corona? Perdiéndola ganais la felicidad. Mis criados se han quedado fuera, y solo nosotros tres sabemos lo que aquí dentro pasa. (Le presenta la pluma, se la pone entre los dedos, y ella ni la toma ni la rechaza.) Si no firmais, os perdeis; os esperan el escándalo y el clausuro.

REINA. (Abatida.) Dios mio!

SAL. (Señalando á RUY BLAS.) César os ama y es digno de vos; os aseguro que desciende de una nobilísima familia, es casi un príncipe, es duque de Olmedo y se llama Bazán, por lo que es grande de España.

La REINA vá á firmar, y RUY BLAS dice de repente, como despertando de un sueño:

RUY. Señora, miente. Me llamo Ruy Blas y soy un lacayo. No firmeis. (Arranca la pluma de las manos de la REINA y hace el pergamino en mil pedazos.) No debo seguir engañándoos.

REINA. D. César!

RUY. (Se abre el abrigo y deja ver su librea de lacayo.) Me llamo Ruy Blas y soy criado de este hombre. Basta de traicion y de infamia; no quiero ser feliz á ese precio. No os puedo seguir ya en esta inmensa farsa; no quiero formar con vos una pareja infame. (A D. SALUSTIO.) Yo visto la librea del lacayo, pero vuestra alma es más ruin y más inferior que la del último de los criados del verdugo.

SAL. (A la REINA, con frialdad.) Efectivamente, este hombre es uno de mis criados. (A RUY BLAS, con imperio.) Ni una palabra más.

REINA. (Exhalando un grito de desesperacion.) ¡Justo cielo!

SAL. Lo ha confesado demasiado pronto... pero no importa, porque ya puedo hablar claro, habiendo satisfecho mi venganza. (A la REINA.) ¿No os parece chusco este lance? Cuando lo sepa Madrid, se mofará al veros en ridículo. Me desterásteis y yo os destrono, y os destierro tambien; me ofrecisteis por esposa á vuestra doncella, yo os doy mi lacayo por amante, y si quereis por esposo, porque ya no podeis contar con el rey. Su corazon será vuestra única riqueza, y le habreis nombrado duque para ser vos duquesa. ¡Me perdisteis, me humillásteis y podiais dormir tranquila! ¡Sois una inocente!

Mientras D. SALUSTIO habla á la REINA, RUY BLAS se dirige lentamente á la puerta del foro y pasa el cerrojo; luego, sin hacer ruido, por detrás de D. SALUSTIO y con rapidez le coge la espada por el puño y la desenvaina al pronunciar éste sus últimas palabras.

RUY. (Con la espada en la mano.) ¡Creo que acabais de insultar á vuestra reina! (D. SALUSTIO se precipita hácia la puerta, pero RUY BLAS le ataja el paso.) No os tomeis la molestia de querer salir por aquí, porque he pasado el cerrojo. Hasta ahora, marqués, te ha protegido el demonio, pero será preciso que se presente él mismo si quiere arrancarte de mis manos. Ahora me toca decirte que no entrará aquí ninguno de tus criados y que voy á aplastarte como una

víbora que encuentre al paso. Este hombre os ha hablado con insolencia, porque es un malvado que se complacia jugando con nuestros dos corazones. (A D. SALUSTIO.) Hace poco nos referiais vuestros agravios; ni los entendí ni los contesté. Pero os atrevisteis, estando yo delante, á ultrajar á una reina y á una mujer, y os he de castigar por esa villanía. Cuando un traidor, cuando un malvado comete acciones monstruosas y criminales, cualquiera, noble ó plebeyo, tiene el derecho de escupirle á la cara su sentencia y de acometerle con espada, hacha ó puñal; yo fui lacayo y ahora seré verdugo.

REINA. Vais á matar á este hombre?

RUY. Siento que sea ante vos, señora, pero este hombre no puede salir de aquí. (Empuja á D. SALUSTIO hácia el gabinete.) Id allí dentro á encomendar á Dios vuestra alma.

SAL. Esto es un asesinato!

RUY. (Con ironía.) Lo creeis así?

SAL. (Mirando á todas partes.) ¡No haber por aquí un arma, ni siquiera una espada!

RUY. Para qué la quieres, marqués? ¿Acaso soy gentil-hombre para poderme batir contigo? Soy criado tuyo, pertenezco á la chusma de esos seres que su señor puede castigar á latigazos; pero ahora voy á matarte como á un cobarde, como á un infame, como á un perro.

REINA. Perdonadle.

RUY. Señora, aquí cada cual se venga como puede, y el ángel no puede salvar al demonio.

SAL. Socorro! Me asesinan! Socorro!

RUY. No te asesinan, te castigan.

Le empuja hácia el gabinete, desaparece tras él y la puerta queda cerrada.

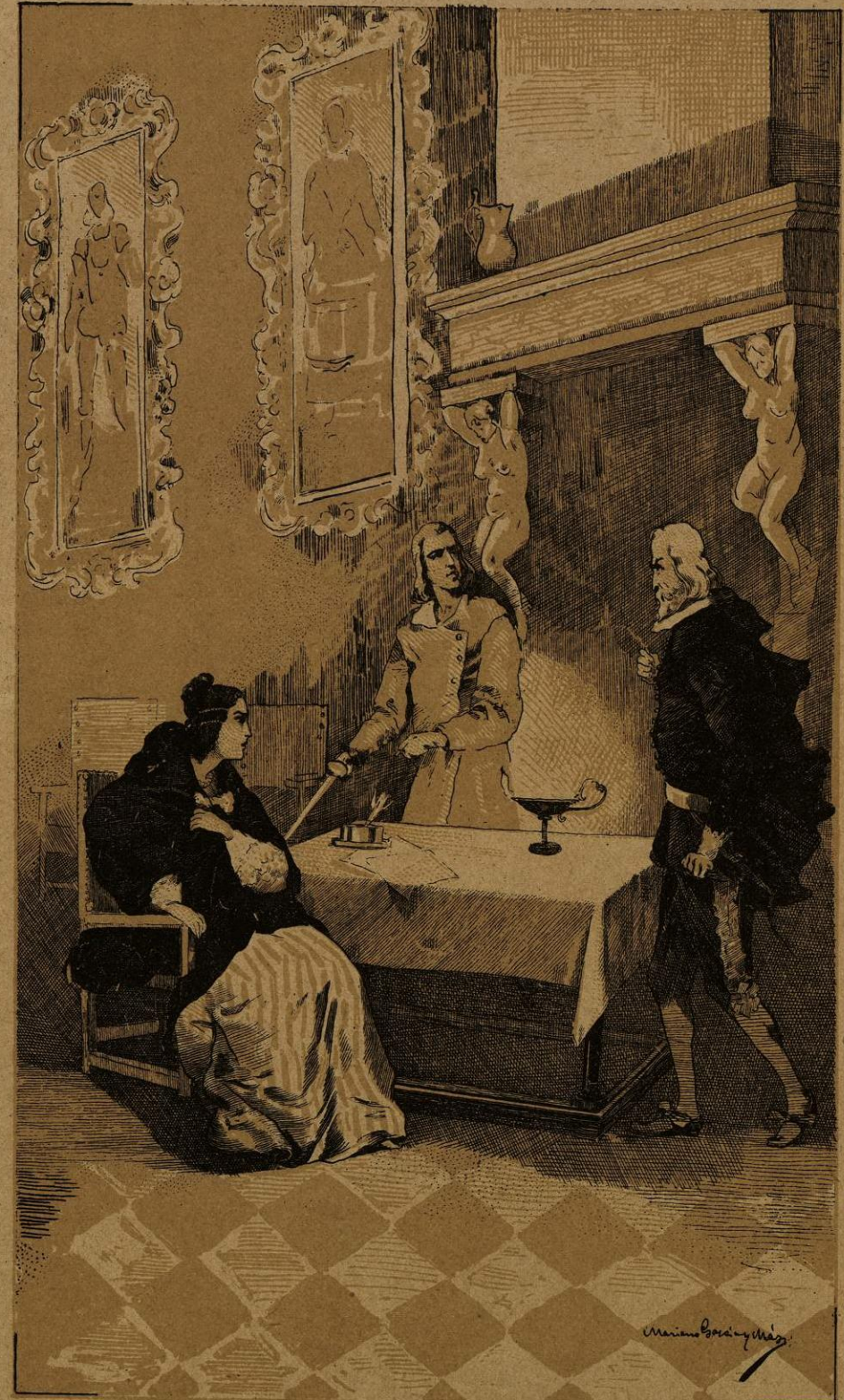
REINA. Dios mio!

Cae desvanecida en el sillón. Momentos de silencio. Luego sale RUY BLAS, pálido y sin espada.

ESCENA IV.

La REINA y RUY BLAS.

RUY. (Dá algunos pasos vacilantes hácia la REINA, con los ojos fijos en el suelo y sin atreverse á mirarla.) Ahora necesito, sin acercarme á vos, hablaros con franqueza. No soy tan culpable como creereis, pero comprendo que debe pareceros horrible mi traicion. No es fácil que me sincere, y, sin embargo, no soy vil, soy hombre honrado; pero este amor me ha perdido. Bien sé que es inútil que me defienda, porque he consumado mi falta; no obstante, comprendereis que os amo con delirio.



CREO QUE ACABAI DE INSULTAR Á VUESTRA REINA